

APENAS SON LAS CUATRO

APENAS SON LAS CUATRO

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1992

APENAS SON LAS CUATRO

PERSONAJES:

EULALIA

ROMUALDO.

ESCENOGRAFÍA:

Sala de departamento de clase media en un condominio de la Colonia del Valle. En la sala existe un aparato de televisión y una videocassetera. Sobre una de las mesitas laterales hay un teléfono.

La decoración es de buen gusto aunque no rica.

Son las cuatro de la mañana en un día entre semana.

EPOCA ACTUAL.

Eulalia vestirá camión y bata de casa. Calzara pantuflas. Es una mujer atractiva, de carácter, con momentos sentimentales y románticos. Tiene fuerza de mando. Grita, llora y ríe con facilidad. Romualdo será un hombre tímido aunque fuerte y bien parecido. Se deja mandar por su mujer. Es romántico de corazón. Solamente cuando se enfurece pierde el control de si mismo, en ese momento es capaz de matar aunque después se arrepienta. Trabaja en un banco como empleado de confianza.

Al abrirse el telón se ve la imagen encendida de la televisión con una película de Joaquín Pardavé que pasa por la video. Será alguna donde Sara García lo esté regañando. La imagen y el sonido deber ser claros para el público. La película se transmitirá por espacio de dos o tres minutos. De la cocina sale Eulalia, traen en las manos una taza de café, se sienta frente al televisor mientras bebe ve la película. Se nota que no le interesa , de cuando en cuando observa la puerta de entrada o el reloj, se levanta, apaga el aparato de la televisión, prende un cigarro, lo fuma nerviosa, lo apaga bruscamente. Se sienta a tratar de leer una revista, no puede hacerlo, la arroja al piso. Se levanta, va a la ventana, trata de ver hacia afuera, va a la puerta, trata de escuchar. Nerviosa va a su recámara. Se hace una pausa larga en la que no sucede nada. Se

APENAS SON LAS CUATRO

escucha que alguien trata de abrir la puerta. Ésta se abre. Entra Romualdo que viste traje muy conservador, trae los zapatos en la mano. Cierra la puerta, corre los pasadores, echa llave en las dos cerraduras interiores, pone una cadena. Todo lo hace con el mayor cuidado para no hacer ruido. Al terminar no sabe que hacer. Va y se sienta en el sofá. Espera tenso. Suenan cuatro campanadas. Romualdo comprueba la hora en su reloj de pulso. Se lo quita para ajustarlo a la hora exacta. Se lo vuelve a poner. Vuelve a esperar. Al fin se decide a ir a su recámara, se levanta con cuidado, camina de puntas, se tropieza, tira un zapato que hace ruido, se asusta, se pega a la pared como un ladrón.

VOZ DE EULALIA.- (*Insegura. Con cierto temor*). Romualdo... ¿Romualdo?...¡ Romualdo!..; Romualdo!

ROMUALDO.- (*Tímido*). Sí.

VOZ DE EULALIA.- ¿Eres tú?

ROMUALDO.- Sí.

VOZ DE EULALIA.- ¡ Ven acá!

ROMUALDO.- (*No se mueve*). Sí.

VOZ DE EULALIA.- ¡ Romualdo, qué haces?.

ROMUALDO.- (*Se hace pequeño. No se mueve*). Nada.

Entra Eulalia, enciende la luz, Romualdo sonrío tímidamente. Eulalia ve el reloj

EULALIA.- ¿Ya viste la hora?

ROMUALDO.- ¿Te desperté? Perdona.

EULALIA.- No he dormido.

ROMUALDO.- Ya es tarde.

EULALIA.- Apenas son las cuatro. ¿En qué habíamos quedado?

ROMUALDO.- Hace frío en la calle.

EULALIA.- (*Empieza a olfatear de lejos, continúa haciéndolo mientras se acerca a Romualdo. Éste asustado da un paso atrás. Eulalia coloca su cara junto a la del marido*). ¡Sóplame!

ROMUALDO.- Cómo crees, debo tener mal aliento, me comí una torta con mucha cebolla y ajo.

APENAS SON LAS CUATRO

EULALIA.- ¡ Te digo que me soples! (*Romualdo sopla en otra dirección. Eulalia sigue la dirección del soplo. Olfatea. Al no oler nada toma la cara del marido con la mano derecha*). ¡ Só-pla-me! (*Romualdo lo hace, ella husmea*). ¡Otra vez! (*Eulalia vuelve a olfatear. Suelta a Romualdo. Molesta*). ¿No tomaste?

ROMUALDO.- No...bueno...sí...me tomé una coca.

EULALIA.- ¿Fue todo?

ROMUALDO.- Sí.

EULALIA.- (*Irónica*). ¿Fría o al tiempo?

ROMUALDO.- Al tiempo, ya sabes... (*Se señala la garganta*).

EULALIA.- Tu tos.

ROMUALDO.- Sí.

EULALIA.- ¿Y de lo otro?

ROMUALDO.- Bueno, yo...

EULALIA.- ¿Sí o no?

ROMUALDO.- ¿Te refieres a...eso?

EULALIA.- Tú sabes perfectamente a lo que me refiero.

ROMUALDO.- Costaba mucho, no estamos para despilfarrar, ya ves que no me quieren subir el sueldo.

EULALIA.- De modo que ni copas ni eso.

ROMUALDO.- (*Con la cabeza gacha*).- No.

EULALIA.- ¿Piensas que eso está bien, que es lo correcto?

ROMUALDO.- Me iba a gastar todo lo que gano en una quincena.

EULALIA.- Para eso habíamos ahorrado.

ROMUALDO.- (*Se busca entre la ropa, saca un sobre con dinero, lo muestra*). Aquí está.

EULALIA.- (*Le arrebató el sobre, lo guarda en su seno o en la bolsa de su bata*). ¿No gastaste nada de nada?

ROMUALDO.- No, lo puedes contar... (*Apenado*). Bueno, sí, me comí la torta y me tomé un refresco.

EULALIA.- La coca.

ROMUALDO.- Sí.

EULALIA.- ¿Y?

ROMUALDO.- También pagué el taxi...a esa hora ya no hay Metro.

EULALIA.- (*Conteniéndose*). No, no hay.

APENAS SON LAS CUATRO

ROMUALDO.- Deja de funcionar a la una.

EULALIA.- (*Sonríe forzadamente*) Gracias por la información.

ROMUALDO.- Los sábados es hasta las dos.

EULALIA.- (*Camina alrededor de él examinándolo*). Por lo que veo tampoco fuiste a bailar.

ROMUALDO.- No tenía caso.

EULALIA.- ¿Ya te viste?

ROMUALDO.- (*Se examina a sí mismo preocupado*). ¿Qué tengo?

EULALIA.- Nada, eso, nada. (*Empieza a sacudirlo bruscamente, más bien le pega*). Tu traje no tiene una sola arruga,. (*Le aprieta el nudo de la corbata casi hasta estrangularlo*), el nudo de la corbata se mantiene en su lugar, (*Le da un pisotón*), los zapatos los traes boleados.

ROMUALDO.- (*Orgulloso*). Yo mismo les di grasa.

EULALIA.- (*Toma varias veces aire para tranquilizarse. Va por su marido, del brazo lo lleva a sentar, lo hace bruscamente. Controlada sonríe, se sienta frente a él*). Por lo visto tengo que comenzar de nuevo.

ROMUALDO.- Ya es muy tarde, los niños...

EULALIA.- Deja en paz a los niños, ellos duermen, sólo así podemos platicar.

ROMUALDO.- Mañana, o más bien hoy, no nos vamos a despertar para hacerles el desayuno y llevarlos a la escuela; ya sabes como tengo el sueño de pesado.

EULALIA.- Despreocúpate de eso, esta vez yo les haré el desayuno y yo misma los llevaré a la escuela. Tú puedes dormir todo el tiempo que quieras.

ROMUALDO.- No te puedo dejar a ti todo el trabajo...

EULALIA.- Ese es mi cuento, deja que me lo platique a mi misma... ¿quieres?

ROMUALDO.- Quedé con Fidencio en ayudarle a terminar su tarea de matemáticas; nos faltaban unas sumas y todas las multiplicaciones.

EULALIA.- Yo se las hago.

ROMUALDO.- Encarnacionsita se va a molestar si no le hago los huevos como a ella le gustan.

EULALIA.- (*Estrujando su ropa o la revista que recogió del piso*). No vuelvas a llamarla Encarnacionsita ¡ Suena horrible!

ROMUALDO.- También te molesta que la llame Carnita.

EULALIA.- No es bistec.

ROMUALDO.- ¿Y Juvenal?

APENAS SON LAS CUATRO

EULALIA.- ¿Qué con él?

ROMUALDO.- Corre mucho en la calle, no vas a poder llevarlo.

EULALIA.- Te dije que voy a ocuparme de todos.

ROMUALDO.- No es necesario, además yo también me tengo que levantar temprano para ir al trabajo.

EULALIA.- ¡ No irás!

ROMUALDO.- ¿No?

EULALIA.- Te voy a reportar enfermo al Seguro.

ROMUALDO.- No estoy enfermo de nada.

EULALIA.- *(Toma la revista y con ella le pega en la espalda. Con los golpes va recalcando la frase).*

Te duele la espalda.

ROMUALDO.- Esto no me gusta.

EULALIA.- No estamos hablando de gustos.

ROMUALDO.-¿ Estás molesta?

EULALIA.- *(Conteniéndose).* No, para nada, para nada.

ROMUALDO.- Me gustaría un thé para el frío.

EULALIA.- *(Sonríe forzosamente).* ¿ El señor quiere un tesito?

ROMUALDO.- Si se puede, sí, por favor.

EULALIA.- Por supuesto que se puede. *(Se levanta, camina detrás del sofá donde está sentado*

Romualdo. Le acaricia la cabeza, termina por hacerlo bruscamente)

¿De manzanilla?

ROMUALDO.- Si tienes, sino de lo que sea.

EULALIA.- ¿Con azúcar?

ROMUALDO.- Yo puedo ir a calentar el agua.

EULALIA.- En un momento te lo traigo. *(Se aprieta eróticamente el cuerpo, los senos, el pubis. Con voz grave).* Tú vienes de vivir una noche tormentosa. Déjame a mí.

ROMUALDO.- Gracias.

EULALIA.- De nada...cariño.

Eulalia sale molesta, Romualdo al fin respira a gusto, se levanta, camina, se afloja la corbata, se desabrocha el saco, se sienta cómodamente en el sofá, se da masaje en los pies, se pone los zapatos, se levanta, enciende la televisión donde continúan proyectando la película de Pardavé. Al principio la ve serio, después ríe a carcajadas. Al oír ruido en la cocina corre a apagar la

APENAS SON LAS CUATRO

televisión, se arregla la ropa, se sienta derecho en el sofá. Entra Eulalia, sonrío a Romualdo, le coloca la taza frente a él, lo mira a los ojos siempre sonriente. Romualdo nervioso toma un trago del té sin ver la taza, se quema la boca, escupe.

EULALIA.- *(Después de que Romualdo se quemó).* Cuidado, cariño, está caliente.

ROMUALDO.- *(Adolorido de la boca).* Gracias.

EULALIA.- Le puse dos cucharaditas de azúcar.

ROMUALDO.- Muy amable. *(Enfría el té con la cucharita, se va sintiéndose cómodo, sonrío, bebe un poco, suspira. Eulalia continúa con una sonrisa estereotipada todo el tiempo).* ¡Qué bien se está en casita!

EULALIA.- ¿Sí?

ROMUALDO.- Nunca vuelvo a salir de noche.

EULALIA.- De eso hablaremos después. *(Se levanta, le quita la taza de té al marido, la pone en la mesa, se sienta junto a él. Le toma la mano amorosamente. Él se deja hacer. Con voz melosa).* Ahora quiero que me digas si te casaste conmigo por amor o por qué.

ROMUALDO.- *(Se lleva la otra mano al corazón. Cursi. También con voz grave).* Por amor, por supuesto.

EULALIA.- Bien. Cuando nos casamos tenías el puesto en el Banco.

ROMUALDO.- Lo sigo teniendo.

EULALIA.- ¡No me interrumpas!

ROMUALDO.- Perdón.

EULALIA.- En esa época yo no tenía experiencia de la vida. Sabías que venía de Acámbaro, una ciudad de provincia.

ROMUALDO.- Bella ciudad.

EULALIA.- Que todo lo que me decías lo creía a pie puntillas.

ROMUALDO.- Por eso me gustaste tanto.

EULALIA.- Tú me gustaste por lo serio que eras, por lo cuidadoso de tu persona y de tus palabras, porque no eras parrandero y menos aún mujeriego.

ROMUALDO.- *(Preocupado).* ¿Piensas que hoy soy diferente?

EULALIA.- No, no lo eres. Continúo. Nos casamos.

APENAS SON LAS CUATRO

ROMUALDO.- (*Emocionado*). En la Capilla de la Asunción de María en la ciudad de Morelia, te veías tan linda, toda de blanco.

EULALIA.- Todas las novias van de blanco.

ROMUALDO.- Parecías una paloma, una rosa blanca, una...una sábana de lino.

EULALIA.- Siempre con tus fijaciones eróticas.

ROMUALDO.- Tan pura, tan dulce, tan...

EULALIA.- Tuvimos a nuestros tres hijos.

ROMUALDO.- Cosa que no te he agradecido lo bastante; fuiste tan valiente en los partos.

EULALIA.- Me pusieron anestesia.

ROMUALDO.- Porque la necesitaste, pero tu valor, tu fuerza, tu...

EULALIA.- Les pusimos los nombres que indicaba el calendario en la fecha de su nacimiento...

ROMUALDO.-. Encarnacionsita, perdón, Encarnación, Fidencio y Juvenal.

EULALIA.- Los bautizamos y etcétera, etcétera, etcétera. Todo como lo manda la Santa Madre Iglesia y la sociedad.

ROMUALDO.- Estoy orgulloso de todo eso.

EULALIA.- Hasta aquí siempre hemos estado de acuerdo, tu imagen coincide con la que yo tenía de ti.

ROMUALDO.- (*Viendo hacia el frente. Recordando una imagen*). La tuya no ha cambiado, eres la misma mujer (*Se vuelve para verla, se asusta, sonrío*). Bueno, puede ser que algo más llenita pero la misma.

EULALIA.- (*Tranquila*). En esto comenzamos a diferir. (*Se transforma. Ahora está fúrica. Golpea con la mano la mesa, puede tirar lo que esté encima de ella. Se levanta*) ¡Da la maldita casualidad de que no soy la misma ni quiero serlo. Ya estoy harta ¿ Entiendes? ¡ Harta!

ROMUALDO.- Pero Eulalita.

EULALIA.- Otro Eulalita y soy capaz....(*Se controla*). ¡ Por favor!

ROMUALDO.- Sí, Lalis.

EULALIA.-¡ Tampoco Lalis! Me llamo Eulalia aunque me pese.

ROMUALDO.- Es un bonito nombre.

EULALIA.- Ya me lo has dicho; hablábamos de lo otro, de cómo éramos y de cómo somos.

ROMUALDO.- Somos...

EULALIA.- El hazme reír de todos. No puedo tener una sola amiga, no tengo algún pretexto para ir con el psiquiatra, no tengo de que quejarme. Esto no es vida.

APENAS SON LAS CUATRO

ROMUALDO.- La verdad es que no te entiendo.

EULALIA.- Eso es, tú nunca me has entendido a pesar de haberlo ya hablado. Tu comportamiento me hace pasar cada vergüenza.

ROMUALDO.- ¿ De verdad?

EULALIA.- (*Se coloca en proscenio. Habla directamente a las mujeres y hombres del público. Lo hace en forma de chisme. Cada frase se la dice a un espectador diferente. Puede, en caso necesario, bajar a la luneta. Romualdo se acerca a ella para escuchar. Reaccionara a lo que ella diga*). A Lucía, la del tercer piso, la rubia, su marido le pone los cuernos; A Estela, la que lleva macramé conmigo, su esposo le pega; a Patricia Gómez, la prima de Adelita, el suyo la hace trabajar todo el día mientras él descansa; mi propia madre tiene que hacer todo el día el trabajo de la casa sin recibir la mínima ayuda de mi padre. (*Pequeña pausa, ve a su marido, se lleva el brazo al hombro como mentada de madre*). ¿Y la tuya? ¿No se queja todo el tiempo de que tiene que cuidar a su media naranja? No conozco una sola mujer que no tenga algo de qué quejarse de su pareja. Unas por borracho, por impotente, por mujeriego; otras por enojón, presumido, pedorro; una más por quisquilloso, por macho, tacaño; otras por alto, chaparro, gordo, apestoso, estreñido, friolento, macho, sucio, ateo, despilfarrador, desobligado, comelón, desordenado, inculto, gritón; otras por feo, por tonto, por leer el periódico, porque ronca, porque no la lleva al cine, por...por...Todas, todas tienen algo de qué quejarse...¿ y yo, qué? Siempre salgo con mi domingo siete: Romualdo es muy buen marido, (*Romualdo se va mostrando orgulloso de lo que dice su mujer, se pavonea*), me da lo que necesito, es muy limpio, muy cumplido, es un buen padre, es cariñoso y puede ser hasta simpático; ayuda en todo, va al mercado, cocina los sábados y domingos, barre la calle, es trabajador...; Ya estoy hasta la coronilla de todo eso! ¿Entiendes? ¡Estoy harta! Quiero platicar con mis amigas, sentir que se interesan por mí, que tratan de ayudarme o aconsejarme.

ROMUALDO.- Yo...

EULALIA.- ¿Has pensado alguna vez en lo que ellas pueden decir? Que soy una mentirosa, que lo que les digo es sólo para molestarlas. Y tendrían razón...

ROMUALDO.- Yo pienso...

EULALIA.- Qué tonta fui antes. Todo lo que hacías o decías me parecía lo correcto.¡ Qué mal nos preparan en provincia! Deberían explicarnos lo que es un hombre, (*Ve directamente a un hombre del público, lo señala*), un verdadero hombre.

APENAS SON LAS CUATRO

ROMUALDO.- ¿Te he fallado?

EULALIA.- No, no en lo que piensas, no me has fallado sexualmente, en eso estás bien; tampoco con tus obligaciones de trabajo, de la familia, la casa, el dinero. Hoy es el primer día en que me fallas en todo.

ROMUALDO.- No pude.

EULALIA.- (*Desesperada*). ¿Por qué? Ya todo estaba decidido.

ROMUALDO.- Del dicho al hecho.

EULALIA.- No me salgas ahora con proverbios.

ROMUALDO.- A las seis de la tarde chequé mi tarjeta.

EULALIA.- A las seis en punto.

ROMUALDO.- Sí, después caminé hasta la estación del Metro, tú sabes, la costumbre; fue cuando me acordé...

EULALIA.- Sigue...

ROMUALDO.- Entonces tomé un camión para ir a la Zona Rosa.

EULALIA.- Debiste haber tomado una copa, no el camión.

ROMUALDO.- Era muy temprano, así que...

EULALIA.- Así que qué.

ROMUALDO.- Decidí caminar un poco, ver aparadores; hay muchas tiendas nuevas, eso sí, todo caro.

EULALIA.- ¿Te fijaste en las mujeres? Ahí van muchas mujeres guapas.

ROMUALDO.- Vi algunas.

EULALIA.- ¿Ninguna te gustó, ninguna se te antojó?

ROMUALDO.- Bueno, alguna.

EULALIA.- A esa es a la que hubieras invitado a tomar la copa; ya te lo había dicho.

ROMUALDO.- Lo intenté pero la verdad no supe cómo.

EULALIA.- No es tan difícil.

ROMUALDO.- ¿Tú crees?

EULALIA.- Claro.

ROMUALDO.- ¿Cómo?

EULALIA.- Mira.

APENAS SON LAS CUATRO

Alternativamente se coloca en un lugar de un supuesto hombre para después colocarse en el suyo propio. Podrá jugar con alguna prenda para aparentar ser hombre o mujer, poniéndosela o quitándosela. Cambiara de sitio según hable uno u otra. Es una secuencia que debe tener un ritmo lento para dar los cambios de sexo y actitud.

COMO HOMBRE: Señorita, me hace el favor de darme su hora.

COMO MUJER: Ay, caballero.

COMO HOMBRE: Déjeme adivinar, es la hora propicia para admirar su belleza.

COMO MUJER: Ay, caballero.

COMO HOMBRE: Con sus pestañas yo podría barrer todo el periférico.

COMO MUJER: Oh.

COMO HOMBRE: Se me ha secado la boca de la impresión de conocerla, qué le parece si remojuamos nuestros respectivos paladares.

COMO MUJER: Mi novio.

COMO HOMBRE: Olvídelo, le llaman novio porque no-vió y a nosotros nadie nos va a ver; conozco un sitio reservado...

COMO MUJER: ¿ De verdad? Entonces vamos.

COMO HOMBRE: Hoy conocerás el sol del amor.

COMO MUJER: Ay, quiero morir en él.

Eulalia deja de actuar. Se vuelve a enfrentar a su marido.

EULALIA.- Ya ves que no es tan difícil.

ROMUALDO.- No se me ocurrió nada de eso.

EULALIA.- ¿Y luego?

ROMUALDO.- Caminé y caminé...fue cuando...

EULALIA.- ¿Cuándo qué?

ROMUALDO.- Me da pena contarlo.

EULALIA.- Cuéntalo, si te dio pena es algo interesante, algo que vale la pena.

APENAS SON LAS CUATRO

ROMUALDO.- Te dije que caminé y caminé. Llegué a un lugar donde un grupo de músicos tocaba en la calle, por cierto que lo hacían muy bien, la primera pieza fue del Perú: “ La Flor de la Canela”
¿ Te acuerdas?

Se pone a tararear esa canción ante la mirada enojada de su mujer. Al verla deja de tararear.

EULALIA.- Qué pasó.

ROMUALDO.- Que estaba yo escuchando...

EULALIA.- “La Flor de la Canela”, ya lo dijiste.

ROMUALDO.- Esa ya había terminado, ahora tocaban “El Condor Pasa” Me gusta.

EULALIA.- Olvida tus gustos musicales. ¡ Qué sucedió?

ROMUALDO.- Lo increíble, que se me acerca un joven, un joven muy bien vestido. (*Sonríe*). Bueno, bien vestido para su edad, con esas camisas tan guangas, con tenis. La verdad que no sé cómo le hacen para que no les suden los pies con ese calzado; yo una vez me puse unos tenis...

EULALIA.- Olvida los sudores.

ROMUALDO.- Si quieres ya no te platico nada.

EULALIA.- ¡Sigue!

ROMUALDO.- (*Recordando con gusto, casi como un gusto homosexual*). Tenía el pelo largo, ondulado; los ojos grandes, rasgados; sobre la boca lucía un pequeño bigote que le iba muy bien.

EULALIA.- (*Sorprendida*). Continúa...

ROMUALDO.- En su oreja derecha...no, en la izquierda, lucía una arracada de oro.

EULALIA.- Cómo sabes que era de oro.

ROMUALDO.- Parecía de oro. ¿Sigo? (*Ella acepta con un movimiento de cabeza*). Sus pantalones eran muy ajustados, tan ajustados que no entiendo cómo se los pueden poner; todo se le dibujaba, sobre todo...el trasero.

EULALIA.- ¿Las nalgas?

ROMUALDO.- Sí, esas.

EULALIA.- ¿Y?

ROMUALDO.- Lo primero que pensé cuando se acercó a mí...De verdad me da pena decirlo, pero es que esa zona tiene fama...Bueno, pensé, ese joven es de esos. Cuando estuve convencido me entró tal terror que creo que hasta temblé. Imagínate que le iba a contestar si me invitaba a algo.

APENAS SON LAS CUATRO

EULALIA.- ¿Hubieras aceptado?

ROMUALDO.- Cómo piensas, pero qué le iba a decir.

EULALIA.- (*En voz baja, como temiendo que alguien los escuche*). ¿Te habló?

ROMUALDO.- En cuanto lo vi venir me hice el disimulado, me puse a ver los autos, después caminé...pero qué crees... ¡que me sigue!

EULALIA.- ¡Continúa!

ROMUALDO.- Pensé en correr, pero imagínate a mí corriendo en plena zona rosa; ni pensarlo, mejor cerré los ojos y esperé a que sucediera lo que tenía que suceder.

EULALIA.- ¿Y qué fue eso?

ROMUALDO.- Se me acercó, y en voz baja, casi pegándoseme al oído me dijo que si no quería un toque. La verdad que me quedé todo turbado. No supe lo que era eso en ese momento. Si me hubiera dicho descaradamente que lo tocara yo sabría a que atenerme...o a la mejor él era el que quería tocarme...Se ve cada cosa.

EULALIA.- ¿Qué hiciste?

ROMUALDO.- Qué querías que hiciera. Me quedé petrificado. Sólo moví la cabeza negando. El me miró fijamente, sonrió y se fue.

EULALIA.- (*Suspirando*). ¿Entraste al bar que te recomendé?

ROMUALDO.- Sí, pero cobraban derecho de mesa y mejor me fui a comer la torta.

EULALIA.- Qué hora era.

ROMUALDO.- Ya había oscurecido, serían como las ocho o las ocho y cuarto.

EULALIA.- ¿No puedes contar todo de seguido, tengo que sacártelo con tirabuzón?

ROMUALDO.- Era muy temprano para eso, así que me fui al cine Insurgentes, entré, vi dos veces la película, bueno, no dos, la primera vez ya estaba empezada. Es una película muy chistosa, si quieres otro día vamos, te vas a reír, (*Ríe él, ella ríe con él*), se trata de una mujer que trae al pobre de su marido por la calle de la amargura...(Ve a su mujer. Se le congela la sonrisa en la boca). La entrada la pagué con mi dinero. La función terminó un poco después de las doce. Lo primero que pensé fue...

EULALIA.- Que ahora sí te ibas a destrampar por primera vez en tu vida, destramparte con permiso de tu mujer.

ROMUALDO.- No, pensé que ya no podía regresarme en el Metro, a esa hora lo cierran.

EULALIA.- Hermoso pensamiento.

APENAS SON LAS CUATRO

ROMUALDO.- Después me acordé de lo que te prometí.

EULALIA.- Y que por lo que voy viendo no cumpliste.

ROMUALDO.- Después caminé de un lado a otro, de una calle a otra...De repente que veo en la esquina de Niza y Reforma...

EULALIA.- ¡Al fin!

ROMUALDO.- ¿Por qué dices al fin?

EULALIA.- ¿No era una mujer?

ROMUALDO.- No, era un hombre.

EULALIA.- ¿Otro?

ROMUALDO.- ¿Cómo que otro?

EULALIA.- Me contaste de uno, del que se te acercó.

ROMUALDO.- Esto es otra cosa.

EULALIA.- ¿No puedes hablar claro?

ROMUALDO.- No me dejas.

EULALIA.- ¿Ahora soy yo la que no te dejo?

ROMUALDO.- Me interrumpes a cada rato.

EULALIA.- Bien, ahora resulta que soy una habladora, una a la que no le para la lengua, una que dice puras estupideces.

ROMUALDO.- Yo no he dicho nada de eso.

EULALIA.- Sí, ya sé, eres inteligente, quieres distraer la conversación para no contar lo que sucedió, pero no lo vas a lograr tan fácilmente. Aquí nos vamos a estar hasta que desembuches todo.

ROMUALDO.- Estoy cansado, tengo sueño y hambre.

EULALIA.- No me digas que ahora quieres que te prepare de cenar.

ROMUALDO.- Cómo crees.

EULALIA.- ¿Qué pasó con ese otro hombre?

ROMUALDO.- ¿Cuál hombre?

EULALIA.- Hablaste de un hombre, no dijiste su nombre ni como era. Dijiste que estaba en la esquina de Niza y Reforma. ¡ Qué pasó con él?

ROMUALDO.- Tranquilízate mujer.

EULALIA.- (*Toma aire*). Ya estoy tranquila, continúa.

ROMUALDO.- (*Bosteza*). ¿Ya te platicué lo de la Flor de la Canela?

APENAS SON LAS CUATRO

EULALIA.- Ya.

ROMUALDO.- ¿Y lo del pleito?

EULALIA.- ¿Cuál pleito?

ROMUALDO.- Eso fue después, por eso no me gusta salir.

EULALIA.- Las mujeres, quiero saber de las mujeres.

ROMUALDO.- Era un hombre, ya te lo dije.

EULALIA.- Otra vez un hombre. (*Se levanta, se acerca a él, lo examina con la mirada. Lo acuesta como en una sesión de psicoanálisis. Ella se coloca a su lado*)

¿Existe algo en tu pasado o en tu presente que me hayas ocultado?

ROMUALDO.- (*Muy apenado*). Sí.

EULALIA.- (*Sorprendida*). ¿Sí?

ROMUALDO.- Sí, es algo que empezó desde que yo era un adolescente, con el tiempo ha ido en aumento.

EULALIA.- (*Ya francamente preocupada*). ¿Tiene eso algo que ver con lo de esta noche?

ROMUALDO.- Sí.

EULALIA.- ¿Con ese hombre?

ROMUALDO.- Con todos los hombres.

EULALIA.- ¿Todos?

ROMUALDO.- Bueno, no todos, sólo los que...

EULALIA.- ¿Los que qué?

ROMUALDO.- Esos, tú me entiendes.

EULALIA.- No, no te entiendo.

ROMUALDO.- ¿De verdad lo quieres saber?

EULALIA.- Por supuesto.

ROMUALDO.- Júrame que después no me lo vas a estar echando en cara.

EULALIA.- ¿Lo sabe alguien más?

ROMUALDO.- Nadie, bueno, sí, se lo consulté a un médico, a un psiquiatra. El me dijo que en esta época eso era de lo más común, que no me preocupara, que casi a todos los hombres les sucede lo mismo pero que nadie lo reconoce o lo dice.

EULALIA.- (*Aceptando su destino*). Sí, algo de eso leí en el *Selecciones del Readers*.

ROMUALDO.- Pasa sobre todo en las grandes ciudades.

APENAS SON LAS CUATRO

EULALIA.- Yo creo que es lo mismo en todas partes.

ROMUALDO.- No, aquí hay mayor variedad.

EULALIA.- Eso sí.

ROMUALDO.- ¿Tú ya lo habías sospechado?

EULALIA.- Sospechado, lo que se dice sospechado...pues no, pero ciertos indicios, ciertos movimientos, ciertos... ¿Sabes que lo que acabas de confesarme es motivo de divorcio?

ROMUALDO.- ¿Tanto así?

EULALIA.- ¡Por supuesto!

ROMUALDO.- Tienes razón, una mujer no puede estar casada con un hombre cobarde.

EULALIA.- ¿Cobarde?

ROMUALDO.- Sí, cobarde... ¿o de qué creías que te hablaba?

EULALIA.- Dijiste que desde adolescente.

ROMUALDO.- Sí, desde esa edad me daba miedo salir a la calle, ahora es peor. Todos los hombres que veo se me hacen sospechosos, creo que cualquiera me va a asaltar.

EULALIA.- ¿A eso te referías cuando...?

ROMUALDO.- Por eso cuando vi a ese hombre en Niza y Reforma sentí un escalofrío. Ya me quitó el reloj y el dinero que con tanto trabajo ahorro Eulalia, me dije. Y no me equivoqué, era un ladrón. Estaba robando un auto. Yo me hice el que no vi pero corrí para otro lado.

EULALIA.- ¿No había mujeres?

ROMUALDO.- Sí, muchas, algunas vestían ropa delgada, casi estaban desnudas. No sé como no se enferman, a esa hora ya hace frío...Dos o tres eran muy jóvenes, una creo que no llegaba a los diecisiete.

EULALIA.- (*Celosa*). ¿Esa es la que te gustó?

ROMUALDO.- De gustarme me gustaron todas. Un policía con el que hice plática para matar el tiempo me dijo que una de ellas, una alta con cabellera plateada y grandes senos...así de grandes...que era hombre. ¿Tú pasas a creerlo? Buena persona ese policía, estaba ahí para cuidar a las muchachas.

EULALIA.- ¿Te acercaste a una?

ROMUALDO.- Sí, pero antes vi como lo hacían los demás. La mayoría venía en carro, se detenían, la mujer iba a la ventanilla del coche, hablaban y la mujer subía. A pie casi nadie se acercaba; da más pena. Al menos eso creo.

APENAS SON LAS CUATRO

EULALIA.- Hubieras alquilado un taxi.

ROMUALDO.- Tampoco se me ocurrió. Un muchacho, de los de a pie, que se acerca muy decidido y a las primeras de cambio que le agarra el trasero a una de ellas. ¿Te imaginas? Hubieras visto cómo le fue. Entre todas y el policía que le dan tremenda tranquiza; se fue arrastrando. Entonces pensé que qué tal y si también se molestaban si yo le hablaba a la jovencita.

EULALIA.- (*Celosa*). La de los diecisiete años.

ROMUALDO.- Si a él le pegaron tanto a mí qué me iba a pasar.

EULALIA.- Nada, eso es un negocio como cualquier otro.

ROMUALDO.- Podían pensar que yo ya estaba viejo y que no las anduviera molestando.

EULALIA.- ¿Hablaste con ella, le dijiste que te gustaba?

ROMUALDO.- Primero le di las buenas noches, después le pregunté si no tenía frío. Ella se ríe. Le ofrecí mi saco para que se lo pusiera, me dijo, gracias abuelo; abuelo me llamó, qué graciosa. Armado de valor le pregunté si quería ir conmigo a algún lugar; ella me preguntó a su vez que si a un hotel.

EULALIA.- Por supuesto ¿Y?

ROMUALDO.- Me puse colorado pero le dije que sí, ella contestó que para eso estaba.

EULALIA.- Ya ves.

ROMUALDO.- Me quedé mudo, en ese momento tendría que haberle preguntado que cuánto cobraba pero cómo iba a hacerlo, era como ofenderla, le di las buenas noches y me fui.

EULALIA.- ¿Te fuiste?

ROMUALDO.- Caminé varias cuadras evitando los lugares peligrosos hasta que me encontré a una mujer que estaba sola; no era tan bonita ni tan joven, era algo así como tú, creo que ya tenía más de los treinta años.

EULALIA.- (*Molesta*). ¿Treinta?

ROMUALDO.- A la mejor algo más, pero eso no importaba, primero era la promesa...Me decidí, me acerqué y le pregunté que cuánto cobraba. Me dijo la cantidad, era lo que traía, le dije que estaba bien, ella agregó que también tenía yo que pagar el hotel, di media vuelta y me retiré.

EULALIA.- ¿La mujer no dijo nada?

ROMUALDO.- No, no dijo, lo gritó.

EULALIA.- ¿Qué?

APENAS SON LAS CUATRO

ROMUALDO.- *(Dice algo en voz baja que no se logra escuchar. Eulalia se lleva la mano al oído tratando de oír.)*

EULALIA.- No te oigo.

ROMUALDO.- *(Vuelve a decir algo en voz un poco más alta pero que tampoco se escucha o se entiende).*

EULALIA.- Ya te dije que no te escucho.

ROMUALDO.- *(Levantando la voz).* Me gritó ¡ puto, puto! *(Molesto).* Eso es lo que logras con tus ideas, que en plena calle me griten puto. Creí morir. Afortunadamente pasó un taxi y me vine para acá. ¡Qué nohecita!

EULALIA.- ¿Entonces nada de nada? Por lo visto no te importa lo que digan o piensen de mí. Y tú eres el que dices que me quieres, que me amas; si no fuiste capaz de acostarte con una mujer para complacerme mucho menos vas a hacer otra cosa; si llega una pandilla y trata de violarme tú de seguro correrás a esconderte a tu cuarto.

ROMUALDO.- Perdona si te fallé.

EULALIA.- Hay que pensar en otra cosa, mañana tengo reunión con las vecinas y les prometí platicarles un gran problema personal.... ¿Qué les voy a decir ahora?

ROMUALDO.- Diles que te iban a cortar el teléfono o que no llegó el gas.

EULALIA.- *(Irónica).* ¿Alguna otra idea?

ROMUALDO.- Diles que no te alcanza con lo que te doy, también les puedes decir...

EULALIA.- Ya sé qué voy a decir. ¡Pégame!

ROMUALDO.- ¿Qué?

EULALIA.- *(Se acerca a Romualdo, en plan de reto lo empuja con su cuerpo).* Eso, que me pegues.

ROMUALDO.- ¡Estás loca!

EULALIA.- Loca me vas a volver. ¡Golpéame!

ROMUALDO.- Tú sabes que nunca lo haré.

EULALIA.- ¿Ni aunque te diga lo que eres?

ROMUALDO.- ¿Lo que soy?

EULALIA.- Sí, un poco hombre, un me das lástima, una cosita...*(Señala el sexo de Romualdo).* Te pareces a tu madre que es una vieja metiche o a tu hermana, que esa sí, esa puede trabajar de noche como las mujeres que acabas de ver.

ROMUALDO.- Cómo te atreves.

APENAS SON LAS CUATRO

EULALIA.- Y eso que no quiero hablar del borrachales de tu padre o al marihuano de tu hermano. Para familia que tienes

ROMUALDO.- (*Exaltándose*). ¡Nada de eso es verdad!

EULALIA.- ¿No? Mañana les voy a platicar a todos los vecinos para que se enteren de la clase de familia en la que caí, y tú ni creas que te salvas. Les diré lo impotente que eres, de lo mocho, de que sigues siendo hijito de mamá...

ROMUALDO.- (*La toma fuertemente del brazo*). Di que todo es mentira.

EULALIA.- (*Zafándose*). ¡No me toques. Me das asco, siempre me lo has dado. Eres una basura, un mequetrefe, un poca madre!

Furiosa le da una cachetada, Romualdo queda aturdido momentáneamente, después reacciona y se transforma en un hombre feroz. Se puede arrancar la camisa, gruñe como una fiera. Golpea a la mujer con furia. La golpiza debe ser lo más farsica posible. Usará karate, lucha libre, box, patadas, tratará de estrangularla, jalarla por el piso de los cabellos. Usará movimientos muy lentos y muy rápidos. Gritará, aullará, se reirá como sádico, etc. etc. Los golpes y toda la violencia deberá ser, además de farsica, lo más real posible, por supuesto sin lastimar a la mujer. Al final la cargará y la arrojará detrás del sofá donde continuará golpeándola. Ella mientras tanto, en ese lugar, que no es visible para el público, se pintará la cara con moretones, heridas. Sangrará de la boca y de algún otro lugar. Se despeinará y se cambiará la bata por otra igual pero toda desgarrada y llena de sangre. Mientras lo hace gritará cada vez que la golpeen. Romualdo se retira al terminar de golpear a la mujer y se acerca a proscenio. Poniéndose en posición de campeón se toca los bíceps y sonríe ampliamente. Regresa. Eulalia mientras tanto irá apareciendo poco a poco. Primero aparecerán sus manos que se apoyan en el sofá, después aparece la cabeza, después el tronco. Cae desmayada sobre el sofá quedando la mitad del cuerpo detrás del sofá. Romualdo se asusta.

ROMUALDO.- (*Su sonrisa de triunfo va desapareciendo para cambiar por una de intenso sufrimiento. Puede llorar*). ¡Perdón!

EULALIA.- (*Con dificultad logra enderezar el cuerpo, se ve en su rostro el dolor. Poco a poco va poniendo cara de felicidad*). ¡Acabas de hacerme la mujer más feliz del mundo! (*Camina con*

APENAS SON LAS CUATRO

dificultad. Se acerca a Romualdo para abrazarlo y besarlo. Él está muy confundido). ¿Cómo me veo?

ROMUALDO.- (*Sufriendo*). ¡Mal, muy mal. Perdóname otra vez, creo que me ofusqué!

EULALIA.- (*Rompe un poco más su ropa, se revuelve el cabello, hace cara de dolor*)
¿Y ahora?

ROMUALDO.- (*Sin querer ver por el dolor que le produce*). Te ves peor.

EULALIA.- (*Feliz*). ¿De verdad?

ROMUALDO.- (*Derrotado*). Sí.

EULALIA.- (*Le da un beso, casi cayéndose va hacia la puerta*) Ahora regreso.

ROMUALDO.- ¿Dónde vas?

EULALIA.- Con las vecinas. Pero antes tengo que ensayar un poco. (*En trágico se agarra el cuerpo, la cabeza, gime*) ¡ Socorro, mi marido me quiere matar, socorro! (*Sonríe al ver la cara de susto del marido*). ¿ Cómo me salió?

ROMUALDO.- Vas a despertar a los niños y a los vecinos.

EULALIA.- De eso se trata. (*Hace una seña cariñosa con la mano para despedirse. Baja del escenario hacia el público. Romualdo la sigue hasta el proscenio sin comprender que va a hacer ella. Eulalia trastabillando se acercara a distintos asistentes al teatro, les mostrara sus heridas y moretones. Los tomará de la mano para que la protejan, etc. Dirá alguna de las siguientes frases al público*). ¡Por favor señor, protéjame! ¡Casi me mata, es un bruto, mire como me dejó! ¡Qué, no hay aquí nadie que me proteja, alguien que proteja a las mujeres! ¡Señora, no son los golpes lo que me duele sino lo que me dijo: me insultó, me denigró! ¡No le importó que yo fuera la madre de sus hijos, me pateó en el vientre! ¡Es un desgraciado, si usted no me ayuda él es capaz de matarme! ¡Auxilio, socorro! ¡Policía, a mí por favor!

Sale de la luneta dando gritos. Romualdo atónito la ve hacer. No puede dar crédito a lo que sucede. Cuando ella desaparece se enfrenta al público.

ROMUALDO.- ¡ Pinches viejas!

Romualdo da media vuelta y sale por el foro. Se escucha música mientras se van cerrando las cortinas lentamente.

APENAS SON LAS CUATRO

FIN

APENAS SON LAS CUATRO

RESUMEN.- Eulalia, molesta por no tener nada malo que contar a sus amigas sobre su marido, cosas que todas ellas hacen, lo envía a que tenga relaciones con una prostituta. Él le falla, no pudo hacer nada en la calle. La mujer desesperada le pide que entonces le pegue. El se niega. Ella lo insulta para hacerlo enojar. Al fin él la golpea fuertemente. La mujer, toda moreteada por los golpes, le dice que la ha hecho la mujer más feliz del mundo. Se va a la vecindad a quejarse del marido que es un golpeador. El hombre se queda sin entenderla.

PERSONAJES. Dos, marido y mujer, relativamente jóvenes.

GÉNERO.- Comedia